LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 3

¡RUBY Y LA REBELIÓN DE LA MASA!

EL ROLLO DE CANELA IMPERFECTO



Basada en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 3

¡Ruby y la rebelión de la masa!

EL ROLLO DE CANELA IMPERFECTO

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - La imperfección



Ruby horneaba rollos de canela tan uniformes que hasta los profesores de geometría enmudecían ante sus bandejas. Cada espiral giraba con la misma serenidad, cada hilo de glaseado se detenía justo en el punto exacto en el que resultaba tentador sin perder la compostura, y hasta la canela parecía respetar las normas de su panadería.

Aquella mañana, Ruby se levantó poco después de las cinco. Goldhain todavía dormía. Solo había luz en la pequeña panadería, y Goldie descansaba sobre su manta junto al saco de harina como si estuviera cubriendo el turno de noche.

Ruby abrió el horno. Una ráfaga de aire caliente le atravesó el cabello rojo cobrizo. En la bandeja había seis rollos de canela.

Cinco eran perfectos.

El sexto se enroscaba hacia la izquierda.

Ruby se inclinó para verlo de cerca. Goldie levantó la cabeza. Juntas contemplaron la desviación.

«Tú también lo ves», dijo Ruby.

Goldie parpadeó.

El rollo no estaba quemado ni crudo. Olía de maravilla. Pero su vuelta exterior dibujaba una pequeña curva muy segura de sí misma, como si la masa hubiera desarrollado una opinión propia justo antes de entrar en el horno.

Ruby extendió un dedo sin llegar a tocarlo. «Esto no es más que una pieza de prueba».

Goldie apoyó una pata en el borde de la mesa de trabajo.

«No». Ruby apartó la bandeja. «Tú no eres el control de calidad».

Goldie la miró de una forma que sostenía exactamente lo contrario.

Ruby dejó la bandeja a un lado y tomó un cuenco limpio. Si una tanda de masa se negaba a conservar la forma, bastaba con preparar otra.

Así comenzó la rebelión.

I. Segundo intento

Ruby pesó la harina, la leche, la mantequilla y el azúcar. Trabajaba sin errores, sin prisas y sin esas pequeñas improvisaciones con las que otras personas convertían una receta en una aventura personal. Sus manos conocían los movimientos. La panadería conocía el ritmo.

Solo la levadura parecía más animada de lo normal.

Cuando Ruby la disolvió en la leche tibia, aparecieron burbujas. No muchas. Solo unas pocas. Una de ellas estalló con un sonido tenue que se parecía sospechosamente a un suspiro.

«Hoy vamos a hacer las cosas bien», dijo Ruby.

Goldie cambió de sitio. Se acomodó bajo la ventana, lo bastante lejos del cuenco como para poder alegar ignorancia más adelante de forma convincente.

Ruby amasó hasta que la masa quedó lisa. Formó una bola, la dejó en el cuenco y la cubrió con un paño. Después colocó el conjunto junto al horno caliente.

«Cuarenta minutos», dijo.

A los diez minutos, el paño empezó a elevarse.

A los quince, el cuenco parecía llevar un sombrero muy redondo.

A los veinte, el paño resbaló hasta el suelo. La masa sobresalió por encima del borde y se quedó allí, blanda y pálida, pero inequívocamente decidida.

Ruby se plantó con las manos en las caderas. «Dentro».

La masa no respondió.

Tomó una cuchara de madera y la empujó con cuidado hacia abajo. La masa cedió. Durante un instante pareció que el orden se había restablecido.

Entonces se enroscó alrededor de la cuchara.

II. La primera contramedida

◇



Ruby tiró. La masa tiró en sentido contrario.

No era un movimiento que una masa razonable debiera realizar. Tampoco era un movimiento rápido. Precisamente por eso resultaba tan ofensivo. La masa se enrolló alrededor de la cuchara con la lenta seguridad de una planta trepadora, mientras Ruby cerraba ambas manos sobre el mango y se apoyaba con firmeza contra la mesa.

«Eres harina con ambiciones», dijo entre dientes. «Nada más».

Goldie ya estaba de pie y movía la cola con cautela. Tal vez pensara que aquello era un juego. Tal vez estuviera valorando un rescate. Lo más probable era que esperara que se cayera algo comestible.

Con un último tirón, Ruby liberó la cuchara. La masa se desplomó de nuevo en el cuenco. Un pequeño hilo quedó pegado a la madera y ondeó

como una bandera blanca.

Ruby soltó el aire.

Entonces la masa volvió a crecer.

Sacó del estante el cuenco más grande. Trasladó allí la masa, la cubrió con un paño más grueso y colocó encima una lata. La tapa se levantó. Añadió un libro de cocina. La pila se inclinó. Por último, puso el tope de puerta de hierro fundido sobre todo lo demás.

Silencio.

Ruby se lavó las manos. «¿Ves? Física».

Goldie miró hacia la pila de cuencos.

El tope de puerta se elevó un centímetro.

Ruby giró la cabeza muy despacio.

«Insolente».

Añadió dos moldes pesados. La pila se balanceaba ahora de forma tan alarmante que Ruby retrocedió un paso y la examinó con los ojos entrecerrados. En un mundo razonable, el peso habría ganado en aquel momento. Pero la panadería se encontraba en Goldhain, donde la razón se consideraba una sugerencia amable.

Bajo el paño apareció un bulto. Se desplazó lentamente de izquierda a derecha, como si evaluara la situación, y luego empujó el libro de cocina medio centímetro hacia un lado.

Goldie se levantó, cogió su manta con los dientes y la arrastró detrás del mostrador.

«No dramatices», dijo Ruby.

Goldie se tumbó sobre la manta y contempló el techo como si no pudiera tener absolutamente ninguna relación con el incidente.

Ruby fue a buscar cuerda. Ató el cuenco, el paño, el libro y el tope de puerta hasta formar una estructura que se parecía menos a una preparación de repostería que al aseguramiento de una carga excepcional. Cuando apretó el último nudo, todo permaneció inmóvil.

Ruby esperó diez segundos. Después veinte.

«Bien», dijo.

Desde dentro llegó un plop amortiguado.

El nudo aguantó. Aun así, el cuenco avanzó el ancho de un dedo.

Sin decir nada, Ruby levantó el saco de harina y lo colocó delante de la puerta.

III. Tormenta de harina sobre Goldhain

La panadería solía abrir a las seis para los primeros clientes que iban de camino al trabajo. Aquella mañana, la puerta permaneció cerrada. A través del escaparate se veía pasar a Ruby a toda prisa, primero con un cuenco, luego con dos bandejas y, por último, con un saco de harina que colocó frente al horno como si fuera un saco terrero.

Dentro, la masa ya había alcanzado la encimera.

Se derramó fuera del cuenco, extendió un brazo blando sobre la madera y alcanzó el borde del tamiz. El tamiz volcó. Se alzó una nube blanca.

Ruby tosió. Goldie estornudó con tanta fuerza que retrocedió hasta chocar con una cesta. La cesta cayó. Las ramas de canela rodaron por el suelo.

En cuestión de segundos, la panadería se convirtió en un paisaje de niebla de harina, colinas de azúcar y senderos marrones de especias. Ruby se anudó un paño sobre la boca y la nariz. Su cárdigan oscuro estaba cubierto de blanco y apenas se le veían las pecas.

«Ya basta».

Dividió la masa en cuatro porciones y puso cada una en su propia bandeja. Con un poco de suerte, cuatro problemas pequeños serían más fáciles de

manejar que uno grande.

Las cuatro porciones crecieron al mismo tiempo.

Goldie se sentó detrás del saco de azúcar y observó cómo cuatro problemas se convertían en ocho.

Ruby cogió el teléfono y llamó a Lena.

«Necesito una segunda opinión».

«¿Técnica o moral?», preguntó Lena con voz adormilada.

Ruby miró la masa, que en ese momento estaba engullendo una jarra medidora.

«Las dos».

Mientras esperaba, Ruby hizo inventario. Había perdido dos bandejas, una de ellas solo de forma temporal. La jarra estaba medio incrustada en la masa, pero probablemente aún pudiera salvarse. Tres ramas de canela se habían atrincherado bajo un armario. Goldie estaba ilesa, aunque firmemente convencida de que le correspondía un plus de peligrosidad.

Ruby lo anotó todo en el reverso de una bolsa de pan. Bajo el encabezado Daños, escribió: Harina. Orden. Dignidad.

Después tachó dignidad. Ya habría tiempo para eso más tarde.

IV. El consejo de expertos

Lena llegó con una libreta y sus gafas. Lin llegó con una caja de herramientas, gafas protectoras y un grado de entusiasmo que despertó de inmediato las sospechas de Ruby.

«No está viva», dijo Ruby antes de que nadie pudiera preguntar.

Lin se arrodilló junto al trozo de masa más grande. «Reacciona».

«La levadura siempre reacciona».

«Esta está saludando».

En efecto, un pequeño bulto se alzó en el borde de la masa. Después volvió a hundirse. Lena anotó algo.

Ruby no le arrebató la libreta. Se limitó a considerarlo durante unos instantes.

Juntas comprobaron la temperatura, los ingredientes y las cantidades. Todo era correcto. La levadura era fresca, la leche no estaba demasiado caliente y la harina era la misma de siempre. Lin sugirió vigilar la masa con un pequeño sensor. Ruby sugirió hornearla.

«¿En qué horno?», preguntó Lena.

Para entonces, la masa ya había unido tres bandejas y estaba empezando a formar un cuarto

nivel.

Elaboraron un plan. Lena calculó las porciones. Lin construyó un sistema de barreras con aros de repostería y pinzas. Ruby engrasó los moldes y empezó a cortar trozos.

Durante siete minutos, todo funcionó.

Entonces la masa levantó el primer aro. La pinza salió volando por el aire y aterrizó en el cuenco de agua de Goldie.

Lin sonrió encantada. «Necesitamos pinzas más fuertes».

Ruby la miró. «Necesitamos desayunar».

V. La batalla de la canela

Ruby extendió la primera tira de masa. Se contrajo. Volvió a extenderla. Volvió a contraerse. Así comenzó un duelo silencioso entre el oficio y la elasticidad.

Lena sujetó una esquina. Lin esparció harina. Goldie vigiló el azúcar sentándose delante y fingiendo que no le interesaba.

Ruby untó la masa con mantequilla, añadió canela y azúcar y empezó a enrollarla. El cilindro se volvió más grueso, más largo y sorprendentemente pesado. Cuando apoyó el cuchillo sobre él, el extremo opuesto salió disparado hacia atrás y dejó una franja marrón de canela en la pared.

«Eso ha sido a propósito», dijo Lin.

«No», respondió Ruby.

Cortaron. La primera rodaja era redonda. La segunda, ovalada. La tercera tenía un bulto que parecía una oreja. La cuarta se dobló por el centro y daba la impresión de haberse quedado dormida.

Ruby colocó cada una en la bandeja. No había dos iguales.

«Podríamos clasificarlas», propuso Lena.

«¿Por la forma?»

«Por el efecto emocional».

Ruby levantó el quinto rollo. Su espiral terminaba en una pequeña punta.

«Ese está ofendido», dijo Lin.

Goldie aprovechó el momento, se llevó la cuchara del azúcar de la mesa y fue destituida oficialmente del control de calidad por primera vez.

VI. Los clientes esperan

Ante la puerta se había formado una cola. La gente tenía paciencia, pero el aroma que escapaba de la panadería estaba haciendo que mantenerla resultara cada vez más difícil.

Ruby se limpió la harina de la cara y entreabrió la puerta.

«Un pequeño retraso».

«¿Cómo de pequeño?», preguntó el primer cliente.

Detrás de Ruby cayó una bandeja. Lin gritó: «¡Todo está bajo control!». Lena gritó: «¡Eso no es del todo cierto!».

Ruby volvió a cerrar la puerta. «Manejable».

Las primeras bandejas entraron en el horno. Los rollos siguieron creciendo, pero esta vez el calor puso límites a sus ambiciones. La canela y la mantequilla se fundieron. El aroma se volvió tan cálido y denso que pasó por debajo de la puerta y salió a la calle.

Cuando Ruby sacó la primera bandeja, vio el resultado.

Ni un solo rollo era perfecto.

Uno se inclinaba hacia un lado. Otro había crecido hasta formar dos espirales. Uno tenía una pequeña punta. El de la oreja se parecía ahora a

un alcalde malhumorado.

Estaban deliciosos.

Ruby probó una esquina. La corteza era tierna, la canela intensa y el centro jugoso.

«Podemos venderlos», dijo Lena.

Ruby miró hacia el escaparate, tras el cual seguían esperando los clientes. «¿Así?»

Lin cogió el rollo con la pequeña punta. «Exactamente así».

VII. La primera selección

Ruby dejó la bandeja sobre el mostrador y abrió la puerta.

Los clientes entraron. Durante un momento, nadie dijo nada. Ruby permaneció detrás de los rollos desiguales y sintió que estaba presentando a una clase entera que hubiera decidido hacer muecas el día de la foto escolar.



«Hoy no han quedado del todo… uniformes», comenzó.

Una señora mayor se inclinó sobre la bandeja. «¿Cuál tiene más canela?»

Ruby señaló el rollo cuya espiral casi se había deshecho. La mujer se lo llevó.

Un niño eligió el de la oreja. Un hombre con ropa de trabajo quiso el más grande, aunque estaba torcido. Una joven escogió el más pequeño porque «parecía haberse esforzado mucho».

De repente, todos hablaban a la vez. Cada persona descubría un rollo distinto. Comparaban formas, inventaban nombres y discutían alegremente sobre si la espiral dividida se parecía más a una mariposa o a un bigote.

Ruby observó cómo se vaciaba la bandeja.

Una niña con impermeable amarillo se quedó especialmente quieta ante los tres últimos rollos. Señaló uno que había quedado un poco más plano en el borde y apoyaba su pequeña espiral contra otra más grande.

«Ese», dijo.

«No es el más grande», observó su padre.

La niña negó con la cabeza. «Pero parece valiente».

Ruby metió el rollo en una bolsa. La niña lo recibió con ambas manos como si acabaran de entregarle una medalla. Ruby la siguió con la mirada hasta que la capucha amarilla desapareció

tras el cristal.

Después de aquello, dejó de enderezar los rollos que quedaban.

«Uno más», pidió alguien.

«El gruñón», exigió otra persona.

Goldie estaba sentada detrás del mostrador con una mancha de harina en el hocico a modo de condecoración de servicio.

Ruby fue a buscar la siguiente bandeja.

VIII. El alcalde

Hacia el mediodía, el alcalde apareció en persona. Había oído que uno de los rollos de canela se parecía a él. En Goldhain, aquello era motivo suficiente para una visita oficial.

Ruby dejó el rollo en cuestión sobre un plato. Tenía el centro ancho, un pliegue de masa levantado y una línea oscura de canela que realmente parecía un bigote.

El alcalde se puso las gafas. Contempló el bollo. El bollo no lo contempló a él, pero aun así parecía juzgarlo.

«El parecido es extraordinario», dijo Lena.

Ruby le pisó el pie con discreción.

El alcalde giró el plato. «¿Se puede comer?»

«Ese suele ser el propósito», respondió Ruby.

Le dio un mordisco. Todos esperaron.

Su expresión se relajó. «Excelente».

Compró aquel rollo y otros dos, y encargó una bandeja de «formas representativas» para la siguiente reunión del consejo. Ruby explicó que

aquel día no se podían garantizar las formas.

«Entonces aceptaremos lo que produzca la democracia», dijo él.

Cuando salió, los clientes aplaudieron. No con estruendo, pero sí lo suficiente para convertir al rollo en una celebridad local.

Ruby se apoyó contra el mostrador. La jornada había pasado de incidente repostero a acontecimiento municipal.

IX. La masa en el sótano

Aquella tarde, Ruby recordó el problema original.

Todavía quedaba una cantidad de masa en la cámara frigorífica. La había dejado allí porque se suponía que las bajas temperaturas ralentizaban la levadura. Cuando abrió la puerta, el cuenco estaba vacío.

Un rastro ancho cruzaba el suelo en dirección a las escaleras del sótano.

Ruby llamó a Lena y a Lin. Juntas siguieron la pista. Goldie también las siguió, aunque nadie la había invitado.

El sótano estaba oscuro. Entre los sacos de harina y los tarros de mermelada se oía un sonido húmedo y blando. Lin encendió su linterna.

La masa se había enrollado alrededor de un antiguo botellero. No había crecido. Simplemente había cambiado de lugar y, de paso, demostrado un talento impresionante para la autoorganización.

Ruby cruzó los brazos. «Ahora vienes conmigo».

Lena levantó una ceja. «Estás hablando con ella».

«Ella empezó».

Con cuidado, soltaron la masa del botellero. Resultó sorprendentemente fácil de transportar. Casi como si hubiera gastado toda su resistencia.

Arriba, Ruby la dejó sobre la mesa. No se movió.

Por primera vez en todo el día, parecía masa corriente.

X. El rollo más grande

Ruby podría haber tirado el resto. Nadie se lo habría reprochado. La panadería estaba llena, las bandejas vacías y la jornada había producido suficientes dulces como para considerarla un éxito.

Pero Ruby miró la masa y pensó en el rollo torcido de aquella mañana.

Extendió la masa. Esta vez no se contrajo. La untó con mantequilla, añadió canela y azúcar y empezó a enrollarla despacio, sin luchar contra la forma.

El cilindro creció. Demasiado para cortarlo en porciones normales.

«Solo uno», dijo Lin.

Ruby asintió.

Formaron una espiral gigantesca y la colocaron en el molde redondo más grande de la panadería. Ruby la metió en el horno. A través del cristal, observaron cómo crecía. No de manera uniforme. No de manera previsible. Pero sí de manera hermosa.

Cuando Ruby sacó el molde, el rollo era tan grande como una rueda de carro. La espiral serpenteaba de forma irregular, con pequeños valles y altas crestas. El glaseado se acumulaba en las hondonadas.

Goldie se sentó delante y levantó el hocico.

«No es para perros», dijo Ruby.

Goldie no aceptó la información, pero por el momento respetó la distancia.

XI. La fiesta de las espirales desiguales

El rollo gigante se cortó en la plaza del mercado. Alguien había instalado mesas. El alcalde apareció con servilletas, la señora mayor de aquella mañana llevó café y los niños pusieron nombres a los rollos más pequeños.

Ruby estaba detrás de la gran bandeja cortando porciones. Cada una era distinta. Algunas tenían mucha canela, otras más masa esponjosa y unas pocas una cantidad especialmente generosa de glaseado. Nadie exigía igualdad.

Lena se sentó a un lado y dejó de tomar notas. Lin dejó de hablar de sensores. Goldie llevaba un pañuelo limpio al cuello y vigilaba un pequeño cuenco de galletas sin azúcar que Ruby había horneado expresamente para ella.

«¿Es una receta nueva?», preguntó una clienta.

Ruby miró la plaza. «La receta era la misma».

«Entonces, ¿qué era diferente?»

Ruby pensó en la levadura animada, la pinza voladora, el sótano y el rollo con la cara del alcalde.

«Hoy la masa tenía planes».

La clienta asintió como si aquello fuera una explicación perfectamente suficiente en Goldhain.

XII. La nueva regla

Al anochecer, la calma regresó a la panadería. Ruby, Lena y Lin limpiaron las encimeras. Había harina en lugares que no guardaban relación alguna con la repostería: en el alféizar, detrás del reloj, dentro de un cajón cerrado.

Goldie dormía junto al horno.

Ruby sacó de su caja el primer rollo torcido de la mañana. Hacía mucho que estaba frío. Seguía enroscándose hacia la izquierda.

Ruby lo dividió en tres trozos. Le dio uno a Lena y otro a Lin. Ella se comió el tercero.

Sabía exactamente igual de bien que todos los demás.

«¿Otra vez mañana?», preguntó Lin.

Ruby le lanzó una mirada.

«Los rollos», aclaró Lin enseguida. «No la rebelión».

Ruby contempló las bandejas vacías. «Mañana volveremos a hornear. Pero ya no los clasificaremos por la forma».

Escribió una nueva regla en una tarjeta y la dejó sobre el mostrador: Todos los rollos tienen que ser iguales.

Después se lo pensó, tachó tienen que y escribió no tienen por qué encima.

Final - Agotado

A la mañana siguiente, los primeros clientes ya esperaban delante de la puerta. Ruby abrió a su hora. Sobre el mostrador había tres bandejas de rollos de canela. Algunos eran redondos, otros ovalados y uno volvía a tener una pequeña punta. Ninguno se parecía al alcalde, lo que más tarde le causó una leve decepción.

Ruby no se disculpó.

Levantó la primera bandeja. «Hoy estos tienen un carácter especialmente fuerte».

Los clientes empezaron a elegir de inmediato.

Al mediodía, todo estaba agotado. La nueva regla colgaba en la puerta. Goldie yacía debajo aceptando admiración, aunque su contribución real había consistido sobre todo en vigilar el azúcar y tumbarse en lugares estratégicos.

Ruby se apoyó contra el horno caliente. Solo quedaba una miga en la última bandeja. No era redonda, ni simétrica, ni estaba siquiera donde



debía.

Ruby la cogió entre dos dedos y se la comió.

«Exactamente como debe ser», dijo.

En ese momento, Goldie levantó la cabeza. De la estantería llegó un crujido casi inaudible. Las dos miraron hacia allí.

El tarro con el resto de la levadura seguía en su sitio.

Bajo la tapa se formó una sola burbuja.

Ruby se acercó, bajó el tarro y lo colocó en el rincón más profundo de un armario. Después empujó una lata delante, puso encima un libro de cocina y dejó el tope de puerta de hierro fundido a su lado.

Goldie observó cada movimiento.

«Simple precaución», dijo Ruby.

Goldie apoyó la cabeza sobre las patas.

Desde el armario llegó un plop muy suave y muy satisfecho.

Ruby cerró la puerta con llave.